

Trabajo publicado en la sección *Tema Polémico* correspondiente al número 2-2009 de la revista.

LA RADICALIDAD DE LA ESPERANZA

Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

I

El proceso político iniciado en 1959 –sin lugar a dudas una colosal empresa de refundación nacional que transformó para siempre la fisonomía política, social y cultural de la Isla- cumple este año su medio siglo de existencia. Todo lo acaecido, con sus luces y sombras, toca las vidas de millones de cubanos en los más recónditos puntos de nuestra dilatada comunidad nacional. Medio siglo después de la entrada del Ejército Rebelde en la capital de la República, los cubanos tenemos la responsabilidad de reflexionar críticamente sobre el pasado, para de esta manera poder proyectar un futuro equilibrado.

Con motivo de este aniversario diversos académicos, publicaciones y actores sociales –en Cuba y en la diáspora- han venido realizando valiosos análisis desde diversos ángulos aproximativos. Esta gestión de reflexión crítica –que tuvo como preámbulo favorable dentro de Cuba el clima creado por el discurso del presidente Raúl Castro el 26 de julio de 2007- ha involucrado a actores sociales heterogéneos que han abordado, desde sus racionalidades y referentes ideológicos, una policromía impresionante de aspectos medulares para el futuro de Cuba. Los sectores implicados en este proceso de introspección nacional, de manera silenciosa y quizás sin proponérselo, han ido cancelando una agenda política para el futuro de Cuba.

Los retos económicos, la historiografía nacional, la democracia y el derecho, la problemática racial, la justicia social, la emigración, la reconciliación entre cubanos, la sociedad civil, la participación del intelectual en la vida pública, la cultura cubana hecha en la Isla y en el extranjero, los espacios públicos y el ascenso de nuevos sujetos sociales, entre otros, han sido los tópicos fundamentales que han marcado esta gestión de reflexión nacional, impregnada por una fuerte impronta de futuridad.

Las propuestas realizadas hasta el presente –que tienen como centro la negociación de los márgenes de cambio y continuidad en el proceso sociopolítico cubano- han emanado, fundamentalmente, del ámbito académico e intelectual, de algunos circuitos juveniles y universitarios, y de otros sectores de la sociedad civil cubana. Esta voluntad reflexiva, marcada por la atomización de los actores implicados, no ha logrado involucrar a sectores más abarcadores de la sociedad cubana. Habrá que esperar a que se despejen algunas variables contextuales para poder dilucidar a plenitud si la clase política cubana está dispuesta a ponerse a tono, de manera simétrica, con este interesante proceso social.

En medio del actual contexto, el tema del cambio generacional ha ido ganando en los últimos años un espacio importante en el país. Ya resulta normal la alusión a esta temática en los despachos cablegráficos fechados en La Habana, en discursos de líderes políticos o en foros académicos. Desde ambos extremos del espectro político nacional –casi siempre de forma esquemática- se echa mano a este natural proceso biológico para anunciar el fin inminente de la Revolución, o en su defecto, la responsabilidad de las nuevas generaciones en la perpetuación de la patria socialista. Algunos sectores han instrumentalizado el tema y lo han acoplado, de forma pragmática, a sus agendas políticas particulares. Sin ser yo un especialista en la materia, en las líneas que siguen intentaré explorar las incidencias para nuestro país de este proceso culturalmente atractivo.

II

Uno de los fenómenos más llamativos en la actualidad lo constituye la progresiva participación de las nuevas generaciones en la vida de la nación. En ningún lugar del mundo, Cuba incluida, resulta extraño que los jóvenes participen en la vida social, económica o política de un país. Pero lo que sí resulta palpable, al menos en el caso cubano, son las asimetrías existentes entre las prácticas, referentes simbólicos y modos de interactuar de esas nuevas generaciones y aquellas otras que aun detentan determinado protagonismo en áreas claves de la sociedad. Estos segmentos de la juventud cubana, desde diversos espacios sociales, han comenzado a generar un discurso renovador –entiéndase abierto, flexible, crítico- que se proyecta hacia los más variados tópicos de nuestra realidad. Además, lentamente, han comenzado ocupar posiciones en los estamentos de base e intermedios en las instituciones de la nación.

En la Isla, la crisis telúrica de los años 90, con sus convulsiones económicas, sociales y de implosión de paradigmas, provocó importantes corrimientos de todo tipo. Esa crisis y la reforma económica que la acompañó transformaron la fisonomía del país: potenciaron el papel de la comunidad, de la familia y de otros espacios de nuevo tipo como agentes socializadores. Del “horno de los 90” emergió un país diferente: los signos son inequívocos.

Desde hace unos años ha cobrado vigor una joven intelectualidad aglutinada en importantes centros de investigación, universidades y publicaciones periódicas, que incursiona críticamente en los más variados tópicos de la realidad nacional. Han sido muchos de esos jóvenes los protagonistas de la incursión analítica en el siglo XIX cubano. La intelectualidad marxista, en su versión *gramsciana*, cuenta actualmente con brillantes exponentes; jóvenes con una visión heterodoxa y abierta al diálogo. Otros muchos jóvenes intelectuales formados en Cuba, trabajan hoy en universidades y centros investigativos dispersos por todo el mundo.

A partir de la década del 90 y hasta nuestros días, la Iglesia Católica –ese gran espacio de expresión y conformación de ideas en Cuba desde hace 400 años- logró rearticular su presencia en el espacio público, luego de casi 30 años de repliegue como consecuencia del ateísmo estructural. Solo en el campo del catolicismo –tras la reforma constitucional del año 1992- la multiplicación de espacios de incidencia social

ha sido impresionante: decenas de publicaciones periódicas, centros formativos, espacios de debate, y redes de asistencia social y de promoción humana articuladas con alcance nacional, por solo citar algunos. Otras denominaciones cristianas también han logrado importantes espacios con características similares.

Debemos agregar que desde hace aproximadamente quince años el país ha vivido un notable resurgimiento de sus publicaciones periódicas. Ha sido importante el papel desempeñado por revistas socio-culturales pertenecientes a centros de investigación y a otras instituciones. Si bien es cierto que poseen una circulación algo limitada, revistas como *Temas*, *La Gaceta de Cuba*, *Caminos*, las propias publicaciones asociadas a la Iglesia Católica, entre otras, constituyen uno de los mejores ejemplos de esa pluralidad de voces en el momento actual. A ello se suma la existencia de redes de distribución de la información que funcionan de modo paralelo al sistema institucional de medios de comunicación, tales como emisoras de radio extranjeras, bancos clandestinos de películas en formato vídeo y DVD, acceso clandestino a la televisión satelital, etc.

Al ascenso de las jóvenes generaciones, a la diversificación de los espacios sociales de expresión, se une una tercera mediación de vital importancia: la proliferación de las nuevas tecnologías de reproducción digital. Estas realidades abren, hasta límites insospechados, nuevos espacios de interacción cultural y política, donde la juventud ha podido acceder a las ofertas políticas y culturales del mercado global, incluyendo a las pertenecientes a las diásporas cubanas. Además, los flujos de comunicación entre los cubanos de adentro y de afuera se han acrecentado de manera considerable. En los últimos años hemos asistido a una multiplicación impresionante de boletines digitales, sitios web y *blogs*, que involucran a miles de jóvenes cubanos de todas las latitudes. Sin lugar a dudas, el ciberespacio constituye el medio de expresión más dinámico en la actualidad.

La sociedad cubana se ha hecho más heterogénea, diversa y abierta a la otredad. No solo por el ascenso de sujetos sociales con maneras distintas de afrontar la vida y de relacionarse entre sí; sino, además, por los usos culturales que dichos sujetos y grupos hacen de estas tecnologías, con lo cual crean nuevos discursos e imaginarios en el escenario nacional. Estas realidades poseen una poderosa carga democratizadora que remueve los cimientos de los sistemas comunicativos tradicionales del país, donde son afectados tanto el sistema institucional de medios de comunicación, en manos del Estado, como los dispositivos de comunicación en manos de otros actores sociales tradicionales, como es el caso de la propia Iglesia Católica.

Fue precisamente en medio de este contexto de crisis y de multiplicación de espacios de expresión en la sociedad cubana, cuando se forjaron los referentes cosmovisivos y las principales actitudes de las generaciones de cubanos que en la actualidad van cobrando mayor protagonismo social. Hoy logramos percibir con más claridad los efectos desestructurantes que nos viene dejando el *Período Especial*. El complejo campo religioso, la cuestión racial, los variopintos espacios culturales, los sectores intelectuales, los homosexuales, los más de dos millones de cubanos repartidos por todo el mundo, las “tribus urbanas” -mickis, rapas, emos y sus muchos etcéteras-, los actores del mercado formal e informal, la tecnocracia militar-empresarial, entre otros, nos muestran el rostro heterodoxo de una nación que podría estar viviendo uno de los momentos de mayor pluralidad social y cultural de su historia.

La emigración cubana no escapa a este importante corrimiento social. En diciembre de 2008, la Universidad Internacional de la Florida y la *Brookings Institution* realizaron un sondeo entre 800 personas de la comunidad cubanoamericana asentada en el condado Miami-Dade. El 65 por ciento de las personas entre los 18 y los 44 años consideró que la Casa Blanca debe levantar el bloqueo económico implantado a Cuba en 1962. Los resultados de este sondeo, junto a otros realizados por el Grupo Bendixen durante el presente año 2009, confirman una tendencia que ha ido creciendo silenciosamente en el seno de esa comunidad residente en Estados Unidos. Este ejemplo pone al descubierto la existencia de una desconexión entre las nuevas generaciones de emigrados y las élites políticas de línea dura.

III

A los cambios socio-culturales antes descritos, ya de por sí reveladores, se suma otro de gran trascendencia: se acerca la hora del traspaso generacional en la conducción política de los destinos de Cuba. El tiempo de quiénes han sido por medio siglo los protagonistas indiscutibles del acontecer nacional -aquellos jóvenes de la Sierra Maestra que derrocaron la dictadura batistiana y revolucionaron la vida nacional; y aquellos otros jóvenes que luego se opusieron a esa Revolución y generaron un violento enfrentamiento interno entre los años 1960 y 1965- está llegando a su fin.¹

La generación que hizo la Revolución -y que aun detenta en sus manos los principales resortes del poder-, tiene ante sus ojos un lento, pero incesante, proceso de **empoderamiento social** por parte de sujetos con modos más flexibles de afrontar la vida y de interactuar con su entorno. Este proceso ha comenzado a incidir también en las élites políticas del exilio, sobre todo en Miami, principal enclave de cubanos fuera de nuestras fronteras geográficas, y lugar de asentamiento de los sectores desplazados en el conflicto de los años 60.

Las actitudes antes mencionadas marcan un importante punto de inflexión a favor de la atenuación de las tensiones entre grupos de cubanos con diferentes posturas políticas, religiosas o de otra índole. Se trata, a fin de cuentas, de una tendencia al respeto a la otredad, a la aceptación de la diferencia, cuya onda expansiva se irradia hacia muchos rincones de la comunidad nacional.

Creo oportuno aclarar que la juventud cubana no es un campo homogéneo. Existen importantes sectores juveniles donde estas actitudes más flexibles están completamente desvinculadas de una preocupación por lo nacional. Son jóvenes para los cuales los grandes **metarrelatos** intrahistóricos han dejado de ser culturalmente significativos, debido al contexto de crisis donde han crecido. Existen amplios segmentos de esa juventud fuertemente despolitizados, más preocupados por determinadas pautas de consumo, que por el futuro de Cuba. Son sectores que muchas veces han perdido toda esperanza en el futuro, pues sus vidas se han convertido en una eterna espera. De aquí se deriva el hecho lamentable de la emigración de miles de jóvenes cubanos, muchas veces los más brillantes y preparados, hacia otros países. Estas realidades constituyen un serio obstáculo de cara al futuro.

A pesar de lo anterior, en la medida en que estos segmentos poblacionales continúen ascendiendo en la estructura social, ocurrirá una transformación de la fisonomía sociopolítica de la nación. Creo que uno de los cambios trascendentales operados en los más jóvenes ha estado relacionado con la atenuación o el colapso de los tradicionales esquemas de confrontación. El discurso de enfrentamiento que muchas veces proyectan algunos espacios macrosociales -como pueden ser los medios de comunicación nacionales- tropieza con prácticas culturales no aptas para su decodificación.

En el seno de nuestras familias, en grupos de amigos, gremios académicos, comunidades religiosas y en otros espacios de socialización dentro y fuera de Cuba, la polarización política o de otra índole no lleva la voz cantante. Es por ello que en áreas vinculadas a la política, se observa una incompatibilidad entre las viejas y las nuevas generaciones, resultado de la brecha existente entre el discurso legitimador que emana del sistema político cubano y de los grupos de línea dura del exilio (que asumen el debate casi como un campo de batalla) y, por otro lado, la flexibilidad de las prácticas sociales de las nuevas generaciones.

Lo anterior no desdice la existencia de puentes conectores entre quienes hicieron la Revolución y los que somos más jóvenes, pues somos portadores de una cultura política aprehendida en el contexto de la Revolución: se trata de valores arraigados en el nacionalismo cubano, fuertemente potenciados luego de 1959. Hablamos de aspectos como la defensa de la soberanía nacional, la justicia social, la preocupación por las mayorías o la implementación de espacios de promoción cultural. Todo reajuste futuro a nuestro proyecto nacional estará mediado, quiérase o no, por la impronta de este imaginario político, que como un resorte nos moviliza interiormente y genera importantes consensos en amplios sectores nacionales.

En medio de tal contexto, pienso que si nos preguntamos por el futuro, no nos quedará otra alternativa que entender a Cuba en toda su pluralidad. La aceptación de esta verdad –que implica la búsqueda de modos de pensar flexibles e incluyentes– aumentará cada vez más la democracia en la vida nacional. Nuestra actual dinámica sociológica demanda un rediseño del quehacer comunitario, que logre garantizar la integración y la articulación de toda esta diversidad social, cultural y política, y posibilite una mayor participación de todos los actores sociales en la toma de decisiones y en el propio control de la dinámica evolutiva de la nación. Estas urgencias no parten de una caprichosa improvisación, sino de la constatación de una rica realidad social que habrá de tenerse en cuenta para garantizar la gobernabilidad del país en el futuro.

Epílogo

Cuba se encuentra viviendo uno de los momentos más especiales de su historia. La sociedad cubana muestra una diversidad social y cultural impresionante. La clase política cubana, ante la inminencia del traspaso generacional en la conducción política de los destinos nacionales, tiene ante sí el reto de articular e integrar toda esta diversidad, que incluye también el campo de la política. El rediseño de la vida nacional, para ponerla a tono con los desafíos del presente, constituye una urgencia importante de cara al futuro. Mientras tanto, las nuevas generaciones han comenzado a imprimirle una nueva dinámica al acontecer nacional. Su poderosa carga revolucionaria ya ha comenzado a transformar el interior de las universidades, las empresas, los medios de comunicación, la Iglesia Católica, las Fuerzas Armadas y otras muchísimas instituciones y espacios sociales. Se trata de un maravilloso y natural corrimiento sociológico que nos coloca en los umbrales de un nuevo tiempo para Cuba.

Nota:

¹El violento conflicto nacional acaecido entre 1960 y 1965 está pendiente de una aproximación más profunda, objetiva y desprejuiciada, que además, haga uso de un instrumental teórico renovado. Será esta una labor clave de las nuevas generaciones, quiénes tenemos sobre nuestros hombros la responsabilidad de reconciliar la memoria histórica de la nación. Para un acercamiento a esta etapa es imprescindible la lectura de la obra del importante investigador cubano Jesús Arboleya, y de su obra mayor: *La contrarrevolución cubana*. Asimismo, resulta de gran utilidad el Dossier del No. 39 de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, titulado *La primera oposición cubana*. Además, recomiendo la lectura de las recientes entrevistas concedidas por Manuel Ray y por el general Fabián Escalante a la revista *Temas* (números 55 y 56), así como la respuesta de Reynol González, ex dirigente del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), a Manuel Ray en la propia revista *Temas* (número 57).

Para suscribirse al *Suplemento Digital*, enviar su e-mail a:

espaciolaical@arzhabana.co.cu

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org,
y adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS: [Equipo de redacción](#): José Ramón Pérez, Roberto Veiga y Lenier González. // [Diseño](#): Ballate-ManRoval